



Bernardo Monteagudo

SOBRE LAS PROVINCIAS UNIDAS Y ESPAÑA

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Bernardo Monteagudo

SOBRE LAS PROVINCIAS UNIDAS Y ESPAÑA

No sin intento hemos publicado en nuestro número anterior lo que hasta la fecha puede saberse de las operaciones del Congreso de Viena. Habríamos deseado no detenernos tanto en las noticias de la Europa y descansando justamente en aquella segura máxima demostrada tantas veces por la experiencia, de que es libre el pueblo que quiere ser libre y no porque lo dejen serlo, omitiríamos casi siempre investigar lo que mediten los tiranos. Esta conducta acallaría la crítica dirigida contra los periódicos de estas provincias, que desearían algunos fijasen su vista más cerca del país y tratasen exclusivamente de las muchas e importantes materias que ofrece a la penetración de los entendidos en estos peligrosos momentos. Pero cuando no faltan almas débiles que calculan más bien sobre la aptitud de los tiranos de ultramar, que sobre el valor de los esfuerzos que podemos y estamos resueltos a oponer a sus quiméricas empresas: cuando se da más atención a la voluntad o encono de nuestros opresores, que a la decidida resolución de estos heroicos pueblos; y aspirando antes a una libertad escondida y como por abandono del que la contradice, hay quien echándola de maestro en los altos misterios de la política de Europa y de los pasos más recónditos de sus artificiosos gabinetes, pretenden intimidarnos con sombras y misterios que no existen sino en su miserable cabeza, ¿qué otro recurso habrá para confundir a estos impostores políticos, que descubrirles las fuentes de que debían beber, al menos para que los incautos no se aficionen con sus doctrinas, ya que su mala fe o su ignorancia las desconoce o las oculta?

Es cierto que al hombre juicioso causará más lástima que ira la petulancia de esta clase de charlatanes. También lo es que para desconcertar a estos doctores cuando están explicando como por caridad al pueblo los más intrincados sucesos de las operaciones de París y de Viena, bastaría la sencilla pregunta de si han leído una línea siquiera de esos tratados, de que hablan con seguridad tal, cual si estuviesen impuestos directamente por las notas confidenciales de alguno de los plenipotenciarios o príncipes que los han celebrado. Pero para que su presuntuosa arrogancia

no seduzca al pueblo sencillo es necesario alguna vez presentarlos como ellos son y ésta es la mejor apología que se ofrece a la necesidad del presente discurso.

Triste es a la verdad la suerte de aquel escritor público obligado a gastar su tiempo en destruir y no en edificar; en combatir a cada paso errores y no en diseminar verdades. Con todo, el espíritu de fortaleza que

debió animarlo a emprender tan penosa carrera es el que debe en estos momentos sostenerlo y el único que puede hacérsela con honor y aun con gloria.

Para destruir, pues, la entraña y escandalosa proposición abortada hace pocos días en un lugar muy respetable, de que por la enormidad de los riesgos que amagaban al país de resultas de esfuerzos combinados contra la libertad de América, era preciso interpelar de nuevo la decisión de los pueblos unidos, con el conocimiento que se les diese de la extensión de estos escollos, presentamos a estos Apóstoles del miedo lo último que se sabía en Europa de las conferencias de Viena y descansando en que no querrán desde aquí pasar por más instruidos que los que allí investigan estas materias, los damos por concluidos en sus presuntuosas aseveraciones. No podemos sin embargo ocultar a nuestros lectores que un modo de opinar tan ajeno de la gran época en que nos hallamos, no es otra cosa que una desviación horrorosa de los intereses del pueblo. No hay medio: para proponer que se consulte a las provincias si quieren que se continúe la guerra, es necesario o creer que los pueblos desmayarán al aspecto de peligros que no han previsto o suponer que son capaces de desmayar o que al declarar que querían ser libres no se decidieron a hacer frente a todo el encono y furor del tirano. En los tres casos se hace una injuria tan grave a los sentimientos y al carácter de nuestros pueblos que es forzoso haberse borrado de la lista de sus heroicos hijos para no exaltarse con tamaña afrenta.

Pero que sean cuales fuesen los riesgos que nos amenacen ¿podrá dudarse ni aún por un solo instante de la disposición a arrostrarlos en unos pueblos que han formado ya su Congreso y cuyos poderes librados a sus diputados contienen todos la cláusula precisa de promover la independencia? ¿Dónde la sangre se prodiga a torrentes por sostener la libertad, y dónde la sombra sólo de la dominación española hace estremecer al último patriota? ¿Qué es lo que querían conseguir se sacrificase al influjo de aquella consulta? ¿Las vidas de los ciudadanos? Ellos las han dada y las dan con gusto en la defensa de tan sagrada causa. ¿Las propiedades y sudores de cuantos tienen el placer de titularse americanos? Nada hay que se reserve cuando se dice que es preciso en nuestro actual empeño. ¿Qué es pues, lo que quieren pedir? ¿Que no se defiendan, que se resistan a ir a la lid, que entreguen el cuello a la segur de los tiranos? He aquí que parece haberlos entendido. Hablen claro y los comprenderemos sin trabajo. ¡Manes de los ilustres americanos que habéis muerto por los derechos de estos pueblos! ¿Pudisteis entender sin horror que en el año sexto de nuestra libertad haya quien aconseje que se pregunte a vuestra patria si quiere continuar su defensa? ¿Vuestra tumba gloriosa no se ha estremecido al considerar que se disputa si vuestros sacrificios serán vanos y vuestra sangre derramada en balde? ¿Qué opinión tendréis de los que os han

sobrevivido y a quienes en la separación encomendabais vuestra venganza y vuestra gloria? ¿Consideraréis como a hermanos a los que no han sabido mirar el ejemplo de vuestras virtudes? ¡Ah! No perturbéis vuestro eterno reposo: el gobierno no sigue estas ideas, no las siguen los pueblos, no las ha seguido tampoco ninguno de cuantos escuchaban; y si algunos se degradaron hasta un extremo tan lamentable, su cobarde voz fue sofocada por aquellos mismos a quienes desde la eternidad no rehusaréis todavía el mirarlos como a vuestros dignos amigos.

Enhorabuena que se pinten al pueblo los peligros para concentrar el espíritu público a los medios de sostener la actual indispensable lucha. Este es un deber del magistrado y su celo por la seguridad del Estado puede llevarlo honrosamente hasta el extremo de exagerar los males, valiéndose al efecto de las proclamas y otros papeles que están en uso en todas las naciones. Dudar o hacer dudar del buen éxito del sistema de un pueblo, mostrándole en problema su suerte es cobardía, es infamia, es una traición.

En julio de 1807 nuestra ciudad se hallaba rodeada por todas partes de enemigos. Una escuadra de más de doscientos buques a la vista obstruía nuestras aguas: 2.000 hombres en el Retiro; 5.000 formando una línea de circunvalación al Oeste; por el Sur posesionados 1.000 de la Residencia; más de 3.000 peleando ya en las calles; y en todas partes tremolando la bandera inglesa en nuestros edificios y casas; no pensamos más que en vencer y en efecto vencimos.

Para rechazar a nuestros contrarios es necesario no sólo que el pueblo sea fuerte y constante, sino que lo sea igualmente el gobierno, que lo sea también el senado. Por la firmeza de este cuerpo se salvó Roma muchas veces. Acordémonos de la sublimidad y desprendimiento heroico del senado romano cuando habiendo huido vergonzosamente el cónsul Prebonio Varron y retirándose a la capital, salió a recibirlo para reanimar la confianza del pueblo y le dio las gracias por no haber desesperado de la república. Así cubrieron aquellos grandes hombres la falta de Varron y en obsequio al interés público sofocaron en la ocasión el deseo de vengarse con oportunidad de un cónsul, que siendo de un nacimiento extremadamente bajo, no había sido elevado sino para humillar a la nobleza.

Con sentimiento nos llama ya el orden de nuestro periódico a dejar la materia. Para concluir la séanos lícito citar dos pasajes del sabio Montesquieu quien en su tratado sobre las causas de la grandeza y decadencia de los romanos.

"Roma fue un prodigio de constancia. Después de las jornadas de Tesin, de Trebia y de Trasimeno; después de la de Cannes mucho más funesta todavía, abandonada de casi todos los pueblos de Italia, no por eso pidió la paz.

Porque el senado jamás se separaba de sus antiguas máximas: obraba con Aníbal como había obrado en otro tiempo con Pyrrro, a quien había rehusado todo convenio mientras estuviese en Italia; y yo encuentro en Dionisio de Halicarnaso que cuando la negociación de Coriolano el senado declaró que no violaría jamás sus costumbres antiguas; que el pueblo romano no podía hacer la paz mientras los enemigos estuviesen sobre sus tierras; pero que si los Volscos se retiraban, se concedería todo lo que fuese justo.

"Roma se salvó por la fuerza de su institución. Después de la batalla de Cannes, no fue permitido, aun a las mujeres, el derramar lágrimas; el

senado rehusó rescatar los prisioneros y envió los miserables restos del ejército a hacer la guerra a la Sicilia, sin recompensa ni honor alguno militar, hasta que Aníbal fuese echado de Italia."

Sobre tan elevados modelos, creemos pues, que en lugar de la fatal consulta a que aludimos, debería haberse propuesto la siguiente declaración: Que las Provincias Unidas del Río de la Plata jamás entrarán en negociación alguna con la España, mientras no esté evacuado su territorio.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

